

“Hombres al borde de un ataque de nervios”*

Mientras Chiche y Cristina pelean por encabezar una lista legislativa, Michele Bachelet y Soledad Valenzuela son precandidatas a la presidencia chilena. Y Hillary Clinton y Condoleeza Rice son las favoritas para el 2008. Acá y allá, ellas responden preguntas que nadie le haría un hombre. Los medios exponen sus vidas privadas y escudriñan vestuarios, dietas y relaciones.

Por Adriana Amado Suárez

Condoleeza toca el piano y anda en patines. Hillary es una madre americana a la que ni el adulterio le sustrae su apellido de casada. A Lilita le cambió la vida el régimen hipocalórico. Cristina, en cambio, sigue con Pilates, y ahora parece que la convenció a Alicia de renovar el *look*. De hecho, también lo hicieron Chiche y Mabel, a las que se las ve rejuvenecidas. Estos comentarios no los escuché en la peluquería que imagina un comunicador radial para señalar que sus periodistas (mujeres) hablan de frivolidades (porque cualquiera sabe que en las peluquerías de hombres no se habla más que de metafísica kantiana). Antes bien, surgen de las descripciones coloristas que los principales medios hacen de las candidatas. La agenda de la política femenina se suele centrar en lo doméstico, lo íntimo, lo personal. Y ni todo el ascetismo, ni los gestos austeros, ni el profesionalismo fuera de duda de Rice la exime de que sea identificable recién cuando la llaman, como a cualquier mujer pública, por el nombre de pila. O por “Condi”. O peor, por la infaltable aposición de “soltera sin hijos”.

En este contexto, la mujer política no es más que alguien que salió del destino doméstico para “usurpar” las bancas (tales los términos que prefieren los medios, casi sin excepción), “tomar por asalto” el poder, “copar” la escena política, “pelear” las candidaturas, “infiltrarse” en los cuadros masculinos. Y si se juntan más de dos, ¡cuidado que se viene el “matriarcado”! “Los hombres dicen que son coquetas, sensibles, inflexibles. De puertas adentro, tienen la sartén por el mango”, describe el escenario electoral 2005 un periodista chico de un diario grande. Los más progresistas aventuran que las políticas traeran una depuración a un espacio alicaído, oscuro y sospechable. Porque ya sabemos que lavamos más blanco, se trate de ropa, el PAMI, las cuentas en Suiza, o la interna pejotista. La descripción apenas si abandona la cocina y el lavadero cuando las chicas salen a pelearse a escobazos en la vereda.

El hecho de que no conozcamos los *hobbies*, los tratamientos estéticos, o la composición del núcleo familiar de los hombres de la política, implica un tratamiento cuando menos asimétrico. Y a pesar de que la mayor parte de los matrimonios del

poder son en realidad sociedades en comanditas por acciones, sólo a las mujeres se les pregunta cómo se arreglan en casa ahora que andan por los barrios haciendo campaña.

Los costos de acceso a la política (y a los cargos gerenciales, y a las posiciones mejor remuneradas, y a los puestos verdaderamente ejecutivos) no son iguales para hombres y mujeres. En un informe de las Naciones Unidas, Argentina aparece con un 7% de cargos ministeriales femeninos al año 2001. La República Islámica de Irán tiene el 11% de cargos cubiertos por mujeres; Nigeria, 22,6%; Chile, 25,6% y Colombia, 47% (no extrañarse, las derechas tienen más disponibilidad económica y más niñas que se ocupen de la prole). Las cifras de nuestro país solo alcanzan un modesto tercio en el plano legislativo, gracias a la renovadamente objetada ley de cupo (votar mujeres cuesta, incluso en Operación Triunfo). Sea por estética, o por ética, la mujer pública sigue condenada a estar presa de sus funciones privadas. Será por eso que más de una anda pidiendo permiso en casa para subirse a la elección.

*Destacada entre las cinco mejores notas de la semana por la Revista *La Semana* en su edición del 20 de abril de 2005.